

SURCO

publicación mensual del
CENTRO PARA EL ESTUDIO DE PROBLEMAS NACIONALES

10



contiene:

Pensamos: La Universidad y Nosotros.
Actividades del Centro durante Enero y Febrero.
Nuestros "políticos" se preparan para burlar el sufragio.
—*Gonzalo Facio Segreda.*

El Centro ante la política costarricense. (1) La evolución política de Costa Rica.—*Lic. Fernando Fournier.*
Autoridad y Libertad (10). La teoría liberal. b) El control automático de la inversión por la tasa del interés.—*Gastón Miralta.*

Educación para la Democracia (10). La finalidad de la vida escolar en el nuevo liberalismo.—*Isaac Felipe Azofeifa.*

Nuestra línea. "Surco" y la literatura.

Tres momentos y una huida. Poema.—*Fabián Dobles.*

Fisga Criolla. Cuento.—*Federico Gogán.*

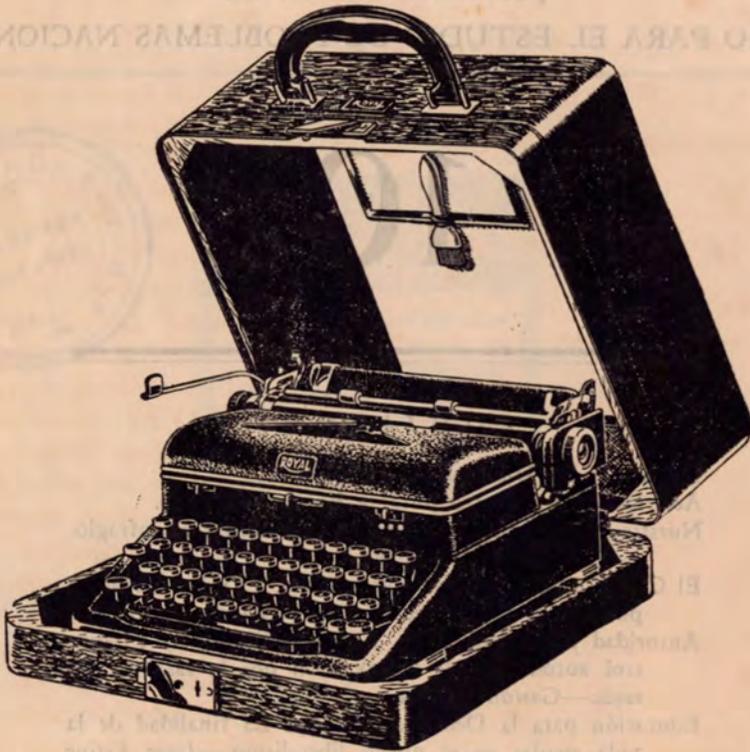
La personalidad de Henry W. Wallace.—Traducción de
Alberto F. Cañas.

AÑO I. — San José, 2 de febrero de 1941.

ROYAL

La máquina número 1 del mundo

Velocidad - Facilidad - Durabilidad - Belleza



Superior a cualquier otra máquina de escribir
Más máquinas ROYAL vendidas que cualquiera otra marca

John M. Keith & Co., S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

SURCO

10

Año I — San José, 2 de febrero de 1941

EDITA:

CENTRO PARA EL ESTUDIO
DE PROBLEMAS NACIONALES

DIRIGEN Y ADMINISTRAN

Jesús Vega

Isaac F. Azofeifa

Gabriel Dengo

Fabian Dobles

Rodrigo Facio

Gonzalo Facio Segreda

Roberto Fernández

Fernando Fournier

Apartado: 301 — Teléfono: 2497

Suscripción anual: ₡ 1.50

Suscripción semestral: ₡ 0.75

Número suelto: ₡ 0.15

Número atrasado: ₡ 0.25

PENSAMOS

La Universidad y nosotros

INICIA en estos mismos días sus actividades docentes la universidad reorganizada. Nuestra prensa nada ha dicho frente al hecho mayor de su restablecimiento, después de casi medio siglo de clausura. Creemos que algún órgano de la opinión pública debe definir su posición frente al hecho y vamos a aventurar la nuestra, honradamente, poniendo en todo y por sobre todo nuestro inalienable interés por los problemas de la Patria, entre los cuales es causa de nuestras más hondas preocupaciones nuestro destino como nación culta.

Tenemos que afirmar, en primer término, que no estuvimos en ninguna forma de acuerdo con la ausencia de autonomía con que quedó constituida. La experiencia universitaria en todos los países de larga y aún corta tradición aconseja la autonomía. El técnico en cuestiones universitarias, Luis Galdames, lo afirmó y probó con abundancia de argumentos. Nuestros hombres más juiciosos así lo declararon. Pero todo falló ante los intereses políticos cuyos alcances verdaderos no acertamos a comprender.

Constituida y organizada, y en trance de iniciarse su labor docente, ¡qué inmensa tarea tiene nuestra universidad por delante, qué inigualable responsabilidad frente al presente y futuro de nuestra cultura, y qué deberes gravísimos frente al destino de nuestra nacionalidad!

Por su propia esencia, la universidad es el organismo máximo, el vértice de la cultura, la voz que por encima de pasiones políticas e intereses bastardos señala el sitio a la ver-

dad, y el camino al espíritu; la que en el dominio de lo práctico, da eficacia a la vocación individual; la que dentro de la democracia, — respaldada en su conciencia de los valores humanos,—es asilo de la libertad de saber y creer y habitación natural de la justicia!

La universidad, síntesis de cultura, debe por esto exhibir y defender un concepto claro de éste que es su problema crucial. Vivimos uno de los más intensos movimientos creadores que haya la humanidad jamás experimentado. Sociólogos, psicólogos, filósofos, historiadores, abren nuevos estratos del universo, la sociedad y el hombre, al conocimiento. Pero a pesar de todo, la cultura está en crisis porque la cultura es unidad y la ha perdido; la cultura es servicio y lo ha olvidado; es creación activa de valores, y los valores son seguridades interiores de la conducta del hombre, que han sido destruidos por la furiosa acometida de las rápidas transformaciones sociales y económicas de los últimos decenios. ¿Cómo va nuestra Universidad a realizar esa exigencia triple de Unidad, Servicio Social y Creación de Valores?

De este modo, la universidad debió en todos los países del antiguo y del nuevo mundo reorientarse, reorganizarse según un concepto nuevo de la cultura y de su relación con la vida, con el momento humano, con la realidad histórica presente. ¿Ha considerado nuestra Universidad este problema en sus fines educativos? Nuestro centro máximo tiene un magnífico hecho a su favor: va a empezar sin el peso muerto de una tradición inútil y embarazosa. ¿Sabrá utilizarlo con provecho?

Nuestro país carece de poder expresivo, no tiene conciencia de su valor, vive aún sin fuerzas para descubrirse a sí mismo, valga decir, para progresar material y espiritualmente, para crear su propia, auténtica cultura. ¿Ha adivinado ya la universidad su tarea? Nos preguntamos llenos de justificados temores: ¿Va nuestra universidad a convertirse desde el principio en un organismo más en nuestra ya recargada estructura burocrática, divorciada de las necesidades de la nación? ¿Va a ser un centro de academicismo frío e inexpressivo? Su tarea, ¿va a limitarse a una información científica vertiginosamente elaborada o va a orientarse hacia el planteo e investigación científicos de nuestra realidad, virgen en todos sus aspectos? ¿Cómo va a promover la cultura nacional, y a realizar la función social de la cultura?

Confesamos no abrigar a estas horas mucha fe en la obra de la universidad. Sin ser siquiera un coloso tiene los pies de barro. La Facultad de Ciencias y Letras nos ha dado la norma de lo que serán las otras. La opinión ilustrada del país ha visto cómo han sido llamados a ella,—y decimos esto con todo respeto de las personas; pero, como jóvenes, desde el plano de la sinceridad y del idealismo,—un conjunto de profesores extraídos poco menos que del anónimo, hecha alguna mínima excepción. La Facultad de Ciencias y Letras es, por tener como núcleo la Filosofía, el centro director de todo el espíritu universitario. Todas las superiores disciplinas humanas, son, o ciencias o letras, y la Filosofía, la síntesis

de todas ellas. No tolera ella mediocres personalidades en su seno. Pierde con esto todo sentido y valor. Casi ninguno de los llamados a servir presenta una obra, una investigación original, una tesis de aliento que sea una modesta garantía. De más de uno no conocemos siquiera una opinión que avalore su cátedra. El lingüista, el filósofo, el científico naturalista, el geógrafo, no pueden improvisarse. El vicio de improvisación y el empirismo que hemos visto en nuestra educación secundaria y que la mantiene en tan bajo nivel de eficiencia se entroniza así en la universidad. Todo eso debió pensarse con más estudio de nuestros verdaderos valores: Clorito Picado, en las Ciencias; Joaquín García Monge, en las Letras; entre los jóvenes, el Doctor Mayra Lahmann. Lo que podemos exhibir de macizo, de independiente, de valioso, y lo que por tierras de América, con mejor plan, hubiéramos fácilmente conseguido, han quedado—¿definitivamente?—fuera de nuestra historia de la universidad.

Por eso, insinuamos que la universidad no se concrete al saber aparente o verdadero de sus profesores. Que abra de par en par sus puertas y abrigue en su seno toda expresión sólida de pensamiento costarricense, americano o universal; que sepa vincularse al medio, tocar la fibra patria e incitar a las juventudes a que descubran su verdadero destino; que evite el dogmatismo; que señale senderos; que humanice los grupos reaccionarios y sórdidos del país; que entusiasme a los jóvenes; que sepa darles interés y seriedad por las cosas de la patria; que pade nuestra cultura de cierto gusto añejo por la retórica; que, finalmente, reúna a los valores de auténtico significado nacional y emprenda la más interesante y urgente de las cruzadas: descubrir y definir el alma de la nación. ¿Podrá lograrlo?

Actividades del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales

durante los meses de Enero y Febrero

Tras un corto receso en sus actividades, los socios se reunieron de nuevo el lunes 13 de Enero.

La comisión de Educación presentó Planes de Estudio e informes sobre la posibilidad de crear durante el año 1941 cursos de extensión cultural para obreros y estudiantes, sobre temas de Historia de Costa Rica, Economía Política y Educación Cívica.

En las sesiones sucesivas, los socios

Fournier, Cañas Escalante, Facio Segreda y Oduber, dieron lectura y explicaron ampliamente el tema: El Centro frente a Nuestra Política. El socio Fournier explica, en una maciza investigación histórica desde la Colonia, la evolución de nuestras ideas políticas, sus conflictos, sus caracteres. Concluye: frente al llamado "olimpico político", que ha cumplido su tarea, sólo existe hoy la inmoralidad política. El socio Cañas, analiza

los aspectos de ese estado político ambiente. Propone: entre otras cosas, ley del servicio civil; purificación de la moral cívica; revisión de las leyes electorales; necesidad de partidos doctrinarios. El socio Oduber analiza la política de dos grandes democracias americanas: México y Colombia. Termina el socio Facio Segreda analizando las posibilidades y la necesidad de impulsar la formación de un conjunto de doctrinas políticas entre la juventud de buena voluntad, que, partiendo de nuestra auténtica tradición democrática liberal, acogiera las experiencias de las democracias más avanzadas de América, y diera origen a un partido político doctrinario liberal

democrático, sin extremos de ningún color, pero sano, radical, justiciero.

Los mismos socios, establecidos en Comisión, próximamente presentarán las recomendaciones esenciales, que, discutidas en sesión plena, se han de incorporar luego a los principios que el Centro ha de defender frente a este problema nacional.

El socio Alex Curling, en sesión posterior, dió lectura a un magnífico trabajo sobre el problema de la raza de color en el país. Su exposición y las conclusiones propuestas, han de ser objeto de detenidos estudios e informes, como es de rigor en nuestro trabajo.

Problemas de nuestra vida política

Nuestros "Políticos" se preparan a burlar el sufragio

GONZALO FACIO SEGREDA

En el año de 1938 fue presentado a nuestro Congreso un proyecto de Ley tendiente a hacer obligatoria la presentación de la cédula de identidad con fotografía para sufragar.

El proyecto no podía ni puede menos de ser calificado de excelente, ya que mediante él se suprimen de un tajo los innumerables fraudes electorales que se acostumbran hacer a base de compra, suplantación y falsificación de cédulas electorales, porque ante la necesidad de presentar la cédula de identidad con fotografía, nadie más que el propietario puede hacer uso de la cédula electoral.

Desde luego, no hubo quienes se atrevieran a combatir tan laudable proyecto. De hacerlo, hubieran tenido que proclamar a los cuatro vientos que eran partidarios del fraude electoral, cinismo del que mucho se guardan nuestros politiqueros, quienes, por el contrario, con ridículas poses y demagógicos discursos tratan de aparecer a los ojos del pueblo como verdaderos apóstoles de la democracia. Fué así como el proyecto se convirtió en Ley de la República.

Sin embargo, los politiqueros no se dieron por vencidos. Se acercaban las elecciones de 1940, y era preciso aprovechar

en todos sus extremos el dinero y la presión oficial de que disponían. Se encontró un pretexto: "Un gran número de ciudadanos no cuenta aun con su cédula de identidad con fotografía, y por lo tanto no es justo privarles del sagrado derecho del sufragio". Eso dijeron, y fue así como la aplicación de la mencionada Ley fue suspendida con la advertencia de que se haría efectiva en las elecciones de febrero de 1942.

Se acerca una nueva contienda electoral, y los politiqueros vuelven por sus fueros. De ninguna manera quieren renunciar al privilegio de adulterar en su provecho las manifestaciones de nuestra opinión pública, en el temor de que, a pesar del sopor y la desorientación en que la tienen sumida, pueda despertar y negarles su apoyo.

En efecto, las notas políticas de los periódicos josefinos comienzan a anunciar que un grupo de diputados pertenecientes a tal o cual fracción pedirá al Congreso la suspensión de la ley que hace obligatoria la presentación de la cédula de identidad con fotografía para sufragar, haciendo al respecto exactamente las mismas consideraciones que se hicieron en 1939 para suspender sus efectos en las elecciones de 1940.

Consideramos necesario que la opinión pública no se deje sorprender una vez más por este argumento ya trillado. No es posible que crea en la sinceridad de quienes se duelen de que la aplicación de esta famosa ley haga imposible a muchos ciudadanos el ejercicio de su "sagrado derecho de sufragio", y no se acuerden de que existe otra ley que impide a todo varón mayor de edad ejercer los derechos de contratación y celebración de cualquier

otro acto civil — derechos de mucho más apremiante necesidad material que el sufragio — mientras no se hallen provistos de la nueva cédula de identidad con fotografía.

Es preciso recordar que para que la Democracia pueda desarrollarse y vivir no se requiere solamente la existencia de una opinión pública consciente, sino también la concurrencia de un mecanismo electoral que registre con lealtad las manifestaciones de dicha opinión pública, es decir, que recoja con precisión lo que constituye la expresión de la voluntad popular.

Sabido está que la ausencia de partidos políticos doctrinarios ha hecho imposible entre nosotros la formación de una opinión pública que sea capaz de expresar la voluntad nacional, y que para conseguir ese fin se requieren largos años de una intensa labor de cultura cívica. Pero no obstante eso, el pequeño sector consciente de la opinión pública debe luchar desde este mismo instante por la depuración del sufragio, a fin de hacer posible que las urnas electorales vayan registrando lentamente su constante crecimiento.

Todos aquellos que deseamos la depuración de nuestra imperfecta democracia debemos empeñarnos en denunciar maniobras politiqueras como la que ahora intenta llevarse a cabo, desenmascararlas ante el pueblo y hacerlas fracasar. Si el sector consciente de la opinión pública reconoce a esta ley contra el fraude electoral la importancia que ella tiene, debe hacer presión por todos los medios a su alcance para que sus benéficos efectos no continúen suspendiéndose cada vez que las elecciones se aproximan.

El Centro ante la política costarricense

La Evolución Política de Costa Rica

LIC. FERNANDO FOURNIER

I

Con el presente artículo el Centro inicia la publicación de los trabajos y conclusiones presentados por los socios Fournier, Cañas E., Oduber y Facio Segreda sobre los problemas de nuestra vida política.

Se ha creído conveniente iniciar el estudio del problema político actual de la Nación con un análisis rápido de nuestra evolución histórica. Es en ella donde se pueden encontrar en gran parte los orígenes y causas de los actuales defectos y virtudes del ambiente costarricense.

La vida política activa no se inició en Costa Rica sino hasta aquel octubre de 1821 en que llegara a Cartago la noticia de nuestra independencia proclamada en Guatemala un mes antes. Con anterioridad a ese hecho — por nuestra condición de territorio colonial de una monarquía absoluta, a lo que se unía el estado de pobreza y atraso de la Provincia — toda acción política fue incipiente, por no decir nula. Existió el ayuntamiento como organismo de gobierno autónomo, pero muy poco brillante fue el papel que el mismo representó y en casi toda la Colonia no se le vió despuntar en nada trascendente para la colectividad.

Sin embargo, en esa época anterior a la Independencia fue cuando se formó la sociedad costarricense con todas sus características hoy dignas de alabanza o crítica. Ya desde ese momento comienzan nuestros antepasados a tomar una fisonomía notablemente diferenciada frente

al resto de la América Hispana. En todas las repúblicas hermanas se formaban poderosas aristocracias que rápidamente dominaban la economía colectiva y el engranaje social en general. Funcionarios españoles, clero enriquecido y encomenderos, fueron la firme base de las futuras fuerzas conservadoras de que aun hoy se defienden desesperadamente muchos de dichos países.

Aquí, en primer lugar no hubo ni fabulosas riquezas naturales ni indias que dieran razón económica a ese fenómeno. Y luego, cuando él se presentó en la pequeñísima escala que únicamente era posible, quedó aislado geográficamente.

Hubo, en efecto, en la formación de nuestra Patria un suceso singularísimo y que ya ha sido estudiado entre otros por Carlos Monge y Rodrigo Facio y por mí mismo en un artículo que publicó "La Hora" hace algunos años. La población costarricense, poco a poco, a través del siglo XVIII, comenzó a emigrar del único valle de la Meseta Central hasta entones ocupado, al otro que se extiende al occidente. Se formaron así un sinnúmero de poblaciones nuevas como San José, Heredia y Alajuela y otras más. Eran colectividades de labriegos blancos y libres que se escapaban a la organización rancia y conservadora del valle del Guarco. Y como muy pronto ganaron en importancia a Cartago y sus aledaños, fue en ellos donde se formó la verdadera alma costarricense.

Fue así como la base de nuestra nacionalidad no fue una clase social poderosa, sino una agrupación semi-independiente y semi-igualitaria de campesinos. He aquí la explicación de toda nuestra psicología moderna. Como campesinos, somos amantes de la libertad y de las costumbres campechanas, pero como tales somos también terriblemente individualistas. Ese es realmente nuestro complejo político: queremos y vivimos la libertad y desconocemos toda organización basada en capas sociales cerradas y peligrosamente desiguales; pero también desconocemos todo lo que signifique espíritu público y nos aferramos a un acendrado egoísmo y a las intrigas de campañario; eso es nuestra política, egoísmos en lucha que usan como arma la intriga y el chisme propios de comadre de aldea.

Fortalecida esa masa de campesinos a través del último siglo de coloniaje, la sorprendió la Independencia en condiciones y con derechos a exigir la dirección del conglomerado costarricense. Pero enfrente estaba Cartago, pequeña sucursal de la Península y representación de todos los males que hicieron víctimas a nuestras hermanas durante el siglo diecinueve. Todas las repúblicas latinoamericanas eran Cartagos de enormes proporciones, en donde campeaban el militarismo, la intransigencia religiosa y el latifundismo. Pero en ellas dichos vicios controlaban las fuerzas económicas de la mayor parte del territorio de esas antiguas colonias. En cambio en Costa Rica la libertad tenía una enorme reserva: el valle de San José. Las fuerzas del progreso controlaban la mayor riqueza y la mayor cantidad de población de la Provincia. Fue así como dos años después de la Independencia, Costa Rica liquida-

ba en Ochomogo el problema que aún a estas horas abrumba a casi todas las repúblicas americanas de habla hispana. Pocos años después ya ni la misma Cartago conservaba esas peligrosas características que otrora la distinguieran.

Desaparecido el reaccionarismo, por fin iba a actuar con libertad plena en el terreno político la población costarricense. Pero si hoy en mucho seguimos siendo campesinos de saco y corbata, ¿cómo no íbamos a serlo más genuinamente en aquellos años? Completamente apartados del mundo, casi bastándonos a nosotros mismos, iniciamos lo que podría llamarse el período patriarcal de nuestra vida republicana. Antes de la guerra del 56 nuestra política bien pudo ser rivalizada con la que hoy hace Turrubares para elegir su Municipalidad. Buenos gamonales, con algo de instrucción y mucha honradez, que con presupuestos que no llegaban al medio millón de pesos, iban llevando la nueva nacionalidad por los caminos de la tranquilidad y el progreso que hicieron posibles las circunstancias. La presidencia oscilaba como una pelota en un juego de pases, entre las cuatro o cinco familias que más resaltaban dentro de aquella sencillez e ignorancia ambientes.

Sobresale tan sólo dentro de aquel cuadro, por el vigor de sus líneas, la figura de Carrillo, una de las personalidades más formidables de nuestra historia, el verdadero padre de la República naciente; fue él quien en los pocos años que ocupó el poder, logró hacer una República del grupo de aldeas diseminadas por la Meseta Central, que respiraban no más que localismos cuando él las encontró.

Autoridad y Libertad

(10)

La teoría liberal. b) El control automático de la inversión por la tasa del interés

GASTON MIRALTA

Cualquier clase de sistema económico tiene que resolver, necesariamente, el problema de qué cantidad de dinero debe dedicarse para el consumo y qué cantidad para la inversión. Quiere decir: cuánto ha de usarse para la producción, el intercambio y la adquisición de bienes de consumo inmediato, (alimentos, vestidos, habitaciones, etc.), y cuánto para la producción de capital, o sea de bienes que no siendo directamente consumibles, sirven para producir bienes de esa clase, (fábricas, plantas, máquinas, etc.)

El fin último de toda producción es— ya lo dijimos atrás— el consumo; pero el espectáculo de una sociedad que consumiera cuanto produjera, es absurdo e irreal. En efecto, sería esa una sociedad carente de previsión, que se encontraría, de un día a otro, con su organismo de producción paralizado por falta de elementos. Lo cierto es lo contrario: que una vez satisfechas las necesidades más urgentes, el resto de la riqueza producida se dedica a una nueva producción, con vistas a garantizar la satisfacción de los consumos futuros. El problema de la inversión es, así, el problema de la previsión económico-social. Veamos la solución lógica y sencilla que le da el liberalismo.

En cuanto bono representativo del valor de la riqueza social, y supuesto un sistema monetario no influido por causas monetarias, el dinero es una mercancía,

igual que cualquiera otra, cuyo valor depende, en consecuencia, para los efectos de la inversión, de su oferta y su demanda. Si hay poco dinero y las necesidades del consumo apenas logran satisfacerse, su precio: el INTERES, sube hasta el punto de restringir la demanda de los empresarios, que no trabajarán sino en las ramas, necesariamente escasas, que les aseguren un beneficio rápido y superior a la tasa fijada; si hay mucho dinero y las necesidades del consumo se satisfacen ampliamente, el interés baja entonces hasta el punto de estimular a los empresarios a trabajar hasta en las ramas menos productivas y que lo son a largos plazos, realizándose así la inversión total del dinero ahorrado. Nunca se corre dentro de este sistema, como se nota, el peligro de sacrificar el futuro por el presente, consumiendo toda la riqueza producida o dejando mucha de ella sin invertir, ni tampoco el peligro de sacrificar el presente por el futuro, invirtiendo desproporcionadamente. El problema, que es vital, y sumamente embarazoso a intentar resolverlo por medio de cálculos objetivos, se soluciona así, él mismo y solo. Es lo que se denomina EL CONTROL AUTOMATICO DE LA INVERSION POR LA TASA DEL INTERES, y que se explica diciendo que la tasa fluctuante del interés tiende a adaptar la suma total de las inversiones a la suma total del dinero ahorrado, una

vez satisfechas convenientemente las necesidades del consumo.

Como se ve, el interés cumple en el tiempo, idéntico papel que cumplen los precios en el espacio: equilibrar la oferta y la demanda, allá de dinero, aquí de bienes. Esto no ha sido exacto en la práctica; pero por el momento — repetimos — sólo nos interesa hacer una exposición puramente doctrinaria.

Queda expuesta rápidamente la tesis del liberalismo sobre la economía social dinámica en sus fundamentales aspectos de la producción y la inversión. Debe explicarse que tal tesis sólo es exacta para sociedades donde la división del trabajo ha alcanzado ya la etapa nacional, es decir, donde la producción se realiza con vistas a un mercado amplio, indeterminado y complejo, y no ya pequeño y conocido, como en la economía familiar, la local o la de gildas. Por eso es que el liberalismo deja de ser un conjunto de airadas protestas y de indefinidas aspiraciones, para constituirse en un verdadero cuerpo de doctrina, hasta a fines del siglo XVIII, cuando las fuerzas económicas ya son más o menos libres en Inglaterra y comienzan a desbordar cada vez

con mayor violencia los maldes autárquicos en la Europa continental.

En efecto, la producción no puede ser reglada por los consumidores a través del nivel de los precios, sino a condición de que el trabajo social esté tan dividido, que los individuos, las familias o las empresas no produzcan ya para satisfacer sus propias necesidades, sino las de sus connacionales en general. Es claro que cuando se produce con ese fin y en semejante escala, los productores o los empresarios han perdido ya el poder de disposición absoluta que en el régimen familiar, local o corporativo, tenían sobre su trabajo, para pasar a ser los servidores de una gran masa heterogénea de consumidores, cuyas necesidades y deseos no pueden ya clasificar y fijar por su cuenta, arbitrariamente.

E igualmente tratándose de la inversión: el control automático por la tasa del interés no puede operar sino en una sociedad en que la división del trabajo se haya desenvuelto a tal punto que el capitalista y el empresario sean, muy generalmente, personas distintas, y en que el arrendamiento de dinero, por el aumento de la riqueza numeraria, no constituya ya sólo un fenómeno de consumo, sino y principalmente, un fenómeno de producción.

Educación para la Democracia

ISAAC FELIPE AZOFEIFA

(10)

La finalidad de la vida escolar en el nuevo Liberalismo

El andamiaje económico y moral del liberalismo se levantó sobre la tesis individualista. La escuela en el liberalismo creó un tipo de disciplina y actividad en que el niño o el adolescente, o el joven,

sólo viven para sí, trabajan para sí, egoístamente; la disciplina escolar coactiva, el orden y silencio que en la escuela se exigen, sólo se exigen para que cada individuo pueda entregarse sin perturbaciones

a su trabajo. Las tareas diarias, los exámenes, las calificaciones, sólo enfocan al individuo como un átomo sin otro interés que el de su estrecho destino individual. Por otra parte, la creencia original en la elevación automática del medio si se eleva al individuo, junto con la afirmación de que éste, abiertos los caminos a su ascenso y progreso por la multiplicación igualitaria de las oportunidades avanzaría en la libre concurrencia, dieron lugar en la educación a una perniciosa tesis: la de la emulación, la rivalidad, "la lucha por la vida", grata a los biólogos y sociólogos del siglo diecinueve. El maestro no atendió sino al progreso (la religión del Progreso, del dichoso siglo) de unos para estímulo de los otros. No valía ni vale nada la desnutrición del desheredado de la fortuna, frente a la salud de dieta equilibrada, aire puro y doctor caro del hijo de casa rica. No. ¡El mismo rendimiento, porque es la misma oportunidad! El maestro encuentra fácilmente sus "niños modelo", y ya rivalizar, a emularse, a seguir el ejemplo!

Este concepto de la vida llevó al mundo a la aberración económica de los Truts, y al hombre a la aberración moral que es el desmedido aprecio del poder—y de la riqueza—en sí, único título que hoy se cotiza y extiende, en un mundo cuarteado por el olvido total del valor social de las cosas.

Toda la historia podría escribirse en derredor de este sólo problema: la búsqueda del equilibrio justo entre el individuo y el grupo a que pertenece. Si la fe liberal en el individuo nos lleva a apreciar al hombre en lo que tiene de ser creador y libre, de espíritu, cuyo amplio desarrollo sólo es posible dentro del clima de la libertad, no ponemos justamente el acento en el problema si olvidamos que el individuo humano no tiene un fin

y significado total sino al través de lo social. *La actividad creadora del individuo, la cultura, el espíritu, sólo valen en cuanto sirven; es decir, en cuanto son medios para cumplir una función de relación y provecho extra o super-individual.*

La prosperidad de la comunidad, la felicidad social, no se establecen automáticamente, como una suma aritmética de las múltiples felicidades individuales. El valor de la cooperación, el sentimiento de comunidad, tienen que ser previa y hondamente fijados y desarrollados en el alma de los individuos. Mientras el fin de la vida humana sólo sea la felicidad del hombre en sí, ésta seguirá siendo felicidad individual que no agregará nada a la miseria social. La finalidad social debe ser querida por el individuo, como un objetivo de su actividad. Debe ser primero conciencia moral, voluntad. La finalidad social se establece en el espíritu como un valor, no es cualidad objetiva de las cosas. Hemos aquí tocando la esencia del problema de una disciplina y finalidades renovadas en la actividad escolar. He aquí el sentimiento básico, sobre el cual la escuela ha de fundar todo trabajo: el de solidaridad del individuo con su grupo. Los teóricos de la renovación de la escuela están todos de acuerdo en este punto. En las diversas escuelas que han sido fundadas para realizar tales principios, todas las actividades o bien una parte de ellas, son propuestas con una finalidad eminentemente social. Entre otros el Sistema de Proyectos ideado por John Dewey, y el Trabajo libre por grupos, de Coussinet, el Plan Jena de Peter Petersen, etc.

La adaptación al medio, función de la escuela, no indica sino la necesidad de que el individuo conozca, comprenda y utilice los elementos de su mundo en tor-

no con una finalidad individual: CREACION; con una finalidad económica: TRABAJO PRODUCTIVO; con una finalidad social: el bien, el progreso, la ELEVACION Y LA FELICIDAD DEL GRUPO HUMANO A QUE PERTENECE.

Así pues, el fin de la escuela, en el neo-liberalismo urgente, es producir un

hombre LIBRE, SOLIDARIO y PRODUCTOR. La disciplina en una escuela de este tipo debe buscar la autonomía, el self control del individuo, y el control del grupo sobre el individuo, por la exigencia de sentido social, corporativo, en su trabajo y en el producto de su trabajo.

Nuestra línea

Ahora que SURCO es, oficialmente, el órgano de publicaciones del Centro para el Estudio de Problemas Nacionales y refleja, necesariamente, el sentir de nuestra agrupación, vamos a delinear éste en lo que se refiere a su sección literaria.

Nosotros, atentos a cuanto signifique cultura, y empapados de que la poesía—prosa o verso—, como forma de avanzar, tras la belleza, sobre los hombres y sobre las cosas, es una de sus manifestaciones y acaso la más fina, pensamos que debe ser norma de la revista abrirle sus páginas. Es ese uno de sus propósitos especiales.

Mas, SURCO, si bien extenso de preocupaciones y fines, es corto de espacio. Es, a su vez, la expresión del sentir de un Centro. Su lema pudiera sintetizarse en esta palabra: "generación", en que queremos hallar expresado cuanto significa "juventud de nervudez y de sólida inquietud". Ese lema es su propósito general.

De la conjunción de ambos propósitos surge, espontáneamente, el contenido que hemos de dar a esta sección. Por un lado, poesía hasta donde sea posible de buena calidad. Por otro, poesía escrita por nosotros, y al decir "nosotros" nos estamos refiriendo a la muchachada de cuerpo y

espíritu. No buscamos perfecciones. No queremos jóvenes perfectos en lo que hacen, porque no serían hombres; carecerían del derecho más valioso que éstos tienen: el de ascender. Pero, a la hora de calificar la colaboración, trataremos de saturarnos imparcialmente de estas dos finalidades: extender la mano para ayudar, impulsando, acogiendo, dando a conocer; y mantener, al mismo tiempo, el prestigio literario de la revista. No pondremos en ello ni escolaridad, ni tendencia. Si éstas aparecieran luego, serán espontáneas; semillas que nos habrán traído; espigas que estarán germinando naturalmente en los que escriben.

Si al juzgar el valor de esa colaboración nos equivocamos, lo haremos sinceramente. Tenemos que ser responsables de nuestra opinión—que no será fallo ni querrá parecerlo—y de nuestras equivocaciones, que no tendrán nunca filos para herir.

Para nosotros habría sido, quizá, más placentero poder extender las páginas literarias y divulgar toda clase de buena poesía. Queda explicado por qué no lo haremos. Ello será para la antología, el libro y la publicación más extensa.

Ese el sendero que se ha trazado SURCO. Por allí sus pasos.

Tres Momentos y una Huída

1

¡Al abrazo del mar!
¡A la playa!

Allá vienen la sal,
el tiburón y el agua.

Bajo el sol, en la arena,
junto a la espuma blanca,
que como una devota
vendrá a besar tu planta.

Allá vienen la sal,
el tiburón y el agua.

2

Y luego, sin buscarlo...

¿El consejo del mar?
¿La amistad de mi labio?

El viento, suavemente,
te dobló sobre el amplio
césped de arena y agua.

Era sin esperarlo.

El alcatraz, en vuelo,
y el sol, allí, mirándonos.

En la playa, en el aire,
floreecía tu milagro.
Y temblaba tu sangre,
como una vela en alto.

3

Y, después,
horizontal, la vista

En la arena erraban
las gaviotas, tímidas.
Entonces presentes,
luego, fugitivas
como la reciente
huella de tu fina
planta, que era un vuelo
por la arena limpia.

Lejos, donde estaba
la mirada, fija,
eran
la playa y la espuma
una sola línea...

1940.

Fabián Dobles.

Fisga Criolla

FEDERICO GOGÁN

Mas, vulgo, sé quién eres,
a la larga o a la corta
diga yo lo que me importa,
y dí tú lo que quisieres.

Don Francisco de Quevedo y Villegas.

—Hombre, Gioachino, las últimas bo-

tas que me hiciste ya están de mandarlas
al cajón de la basura ¡y qué caro me co-
braste!

Tal el reclamo que formulaba doña Me-
cha—abusando del camanance izquier-
do— ante Gioachino, zapatero remendón,
tútilo y taimado, que vivía en la vecin-
dad. Este, sin inmutarse un ápice y sin

hacerle el duelo a la demanda de la dolorida dueña, respondió:

—Per la Santísima Madona, ma yo le hago un favore, ¡pa que non se le enmojesca la plátase!

No está mal el advertir que si Gioachino era colmillón y conocía bastante a su clientela, también había que conocer muy de cerquita a doña Mecha para enterarse de la mucha platita que manejaba y de todo lo tacaña que era.

Con este *hors d'oeuvre* llegamos a un punto que hay que dejar bien claro: que doña Mecha era de esas personas a quienes entre nosotros se les dice "agarradas".

Mechita, la hija, por ese tiempo estaba en un curso de cocina que daba Mme. Oignon—una bretona muy inflada—que se había acreditado en la sociedad capitalina como experta en el difícil arte de complacer plenamente a los más exigentes gastrónomos. Doña Mecha ató varios cabos en un mismo nudo: las lecciones de la hija, un regalo y sus principios sanísimos de economía y finanzas.

Esa vez sacó con inusitada liberalidad los cristóbales del fondo de su enorme ropero,—de doce a quince—, para cumplimentar el onomástico de su querida nuera Chayito, que sería festejada con un almuerzo de confianza al que concurrirían no menos de treinta personas, allá en su casa en el fondo de La Sabana, sita en el camino que va para Las Pavas.

Con todos los regateos del caso compró todo el material necesario, que luego puso en manos de Mechita para que ésta elaborara un queque de cinco cuerpos, de esos que muy poco han visto nuestros ojos pecadores.

El tiempo de la clase se dedicó exclusivamente a la hechura de la deliciosa pasta. Doña Mecha no quiso que la obra quedara a medio palo y resolvió pagarle

a "Madame" para que ayudara a Mechita en su casa a darle fin al bendito queque. Y al atardecer, Mme. Oignon y Mechita, con las respectivas caras perladas de sudor, contemplaban el magnífico monumento de repostería en el que no se había omitido el menor gasto para su perfecto acabado. ¡Espléndido! ¡Maravilloso! Ahí lucían confititos plateados complementando una orgía de dibujos churriguerescos de lustres de distintos colores, piruchitos caprichosos de crema de mantequilla, "gomitas" en cuadros figurando crisantemos, ramitos de violetas naturales con palmitas de espárragos, y toda esa arquitectónica tarea descansando sobre una bandeja de plata alemana, tocada por un finísimo mantelito de lino bordado. Ya me tomara que mi pobre pluma fuera la de cualquier cronista social—de los muy cursis—para que les diera una idea más acabada de la cristalización de ese rasgo de desprendimiento de doña Mecha, tan poco común en ella.

Por su puesto que doña Mecha quiso que antes de llevárselo, la vecindad entera pasara por su casona residencial a admirar aquel primor. Por más de una mente infantil pasó la negra idea de meterle un mordisco, o por lo menos cacharse un pedacito del adorno. Cuanto compadre y cuanta comadre lo vio quedaron encantados y con la boca hecha un charco de agua.

La víspera por la tarde, la mentada doña Mecha fué adonde "Yuquilla" un cochero—también de la vecindad—a contratar el viaje, pero el viejo se puso todo vivo y se dejó pedir tres pesos: como quién le pide a Tatica Dios. Jesús, si era muy caro! Mejor se iban en el tranvía. Ahí no le ganaban más que quince por cada una y hasta podía lucir más el queque.

Llegó el venturoso domingo, día del cumplimiento y de Nuestra Señora del Santísimo Rosario.

A las diez de la mañana y después de muchas carreras hubieron de salir madre e hija. Claro que doña Mecha portaba el queque al igual que si llevara la Santa Eucaristía bajo palio en una fiesta de Corpus: muy echada para atrás, envuelta en su pañolón bordado de burato amarillo que dicho sea de paso la quería botar, y más empolvada que una rata de panadería.

Mechita era la encargada de los otros maritates: los carrieles, las sombrillas, y las bufandas para la vuelta que debería ser oscureciendo. Téditico el vecindario—como cuando pasa un entierro—estaba en puertas y ventanas dando fe de aquel memorable suceso. Madre e hija no se cambiaban ni por cuatro reales.

Se acomodaron en el tranvía. Entre los viajeros a La Sabana, don Tritón Hurtado de Caicedo lucía muy pringue con su vestido dominguero; un señor no muy pasado de años y colombiano de nacionalidad (santafereño de pura cepa, a más decir) y por ende, poeta. Como antiguo amigo que era de la casa de doña Mecha, se deshizo en atenciones—más que las de costumbre—por un aperitivo de “coñás” que llevaba entre pecho y espalda. Claro que fué el “paganini” del tranvía, lo que complació sobremanera a doña Mecha, quien sintió que le habían quitado un grandísimo peso de encima.

En el trayecto hubo cuchicheos de admiración por el queque de parte del resto del pasaje, y el franco y muy colombiano elogio de don Tritón para tan habilidosas manos. Además, doña Mecha con voz pausada y sonora contó la historia, desde que la chancha tuvo los chanchitos.

A don Tritón le vino la idea de que si llevaba el queque desde la estación terminal del tranvía hasta la casa de Chayito, unas doscientas varas en total, talvez podría ser copartícipe del homenaje a que se dirigían tan estimables amigas. Eso era mejor que ir a dar una remada en el Laguito de los Niños, que era el objetivo de su paseo matinal. Así que con mucha parsimonia el queque pasó de las manos de la buena señora a las del solícito caballero. El aperitivo ingerido no le prestaba mucha firmeza a las piernas de don Tritón, una vez apeados del tranvía, lo que ponía en grave sobresalto a madre e hija, porque estaban menudeando los trompicones en las piedras salidas del pésimo macadam.

—Permítame, don Tritón, ¡que me da tanta pena! Usted que anda tan elegante y pensará la gente que ya lo cogí de muchacho de mandados.

—De ninguna manera, Misiá Mercedes, que es un alto honor para mí servir a tan gentiles y cultas damas.

Más trompicones y más sobresalto.

—Don Tritón, ¡pobrecitico! ya debe tener los brazos acalambrados. Présteme-lo un ratito.

—Imposible, si ya vamos a llegar y ni siquiera me molesta.

Una de las chiquillas de Chayito dió la voz de alarma que ahí venían Ágüelita, Tía Mechita, y un señor con tamaño queque así de grandote. Los invitados y miembros de la familia salieron al corredor de la casa a recibirlos.

Don Tritón quiso estar más ceremonioso que nunca. Comenzó a repartir saludos con inclinaciones de cabeza y frasecitas bogotonamente azucaradas, que hacían juego con el adorno del queque. Pero tuvo mala pata y no vió una gradilla traicionera en el quicio de la entrada

a la casa. Se le zafaron las dos de atrás y dió con toda la humanidad en el suelo, sirviéndose del queque como si se tratará de un mullido colchón, el que salpicó todo el corredor, paredes y la ropa de casi todos los admiradores. Un ¡Hijo de Dios! se ahogó en todas las gargantas. Los Acharita, tan lindo que era salieron un poco más flúidos. Luego, una cascada de carcajadas, excepción hecha de doña Mecha, quien estaba como una chira, hecha un chichicaste y había perdido la pronuncia.

Ya sentados almorzando, de la boca de alguien salía un ¡qué lástima! y a continuación seguía la gozadera, que se aumentaba conforme al recuerdo de lo ta-caña que era la obsequiante.

A doña Mecha casi no le pasaba boca-

do. ¡Tántas y tántas ilusiones perdidas! Su gasto de catorce pesos con treinta y cinco céntimos, y sin contar los huevos y la leche que eran de su finca. Total para nada, para que se rieran como si se tratara de cualquier chiste vulgar. Ya la cosa le podía y se la llevaba candanga. Se paró e imponiendo silencio tomó la palabra:

—Al carajo de ustedes que se vuelva a acordar de lo del queque, le voy a acomodar una buena trompada!

Y se dejó caer nuevamente en la silla.

Del libro inédito "Fisga Criolla". Los hechos y personajes (así como sus nombres) de este relato son ficticios. Cualquier semejanza que tengan con los de la vida real, o personas extintas, se debe a una simple coincidencia.

La Personalidad de Henry A. Wallace

Vice-Presidente de los Estados Unidos

Traducción especial para SURCO por Alberto Cañas Escalante.

II

Wallace, el Místico

Henry Wallace apareció en Washington en los primeros días del New Deal como un Will Rogers de los intelectuales. Su pelo castaño rojizo nunca estaba en su lugar; usaba siempre el sombrero en la nuca; los vestidos jamás le tallaban, y el nudo de su corbata parecía empuñado en mantenerse a una pulgada de su cuello, como mínimo. Siempre hablaba mirándose los cordones de los zapatos, y, sentado en su escritorio, metía sus pies en la canasta de los papeles, mientras se consumía literalmente en los problemas del programa agrícola.

No había pose en el modo de ser de Wallace. Henry Wallace no era un la-

brador, y en Washington conocían bien su historia: sabían cómo el nieto del fundador del periódico *Wallace's Farmer*, hijo del Secretario de Agricultura del Presidente Harding, había crecido entre agricultores teóricos y políticos prácticos; sabían cómo se había esforzado por patrocinar experimentos que condujeron a la aplicación práctica del descubrimiento del Profesor Shull sobre maíz híbrido. Sabían cómo, habiendo sido presentado por Henry Morgenthau al entonces candidato Franklin Roosevelt, le había expuesto a éste lo que diría si estuviera haciendo un discurso para los finqueros, y sabían cómo había seguido Roosevelt su consejo. Sabían también el resonante resultado que este consejo había tenido.

Pero la ciudad de Washington tardó mucho más tiempo en conocer al otro Wallace: el constante lector de Robert Frost, de la Biblia, de Tom Paine, Rousseau, San Agustín, Adán Smith, Darwin y Karl Marx; el Wallace que creía que *El Capital* había influido más que ningún otro libro en la formación de las mentalidades modernas.

La ciudad de Washington ignoraba sus hábitos de asceta, de sus dietas vegetarianas a base de lechuga, queso, galletas, leche y frutas; ignoraba los experimentos sobre alimentación que había dirigido de joven, cuando se alimentó únicamente de maíz y leche con el fin de observar y conocer cuánta alimentación era suficiente para un hombre; cuando ayunó una semana para observar los efectos que tenía sobre él el ayuno.

No sabía tampoco Washington de sus diversiones y costumbres: correr en automóvil por la noche para aclararse la mente; levantarse a las 5.30 a. m. para jugar un acalorado y terrible partido de Tennis, y jugar con la astrología y la numerología como inocente hobby, en la forma en que anteriormente había jugado con sus cultivos de maíz y sus crías de cerdos.

Acostumbrada a sus pequeñas excentricidades, Washington no se sorprendió cuando se dedicó a practicar el lanzamiento del boomerang, pero predijo que esta diversión no duraría, porque no era lo suficientemente violenta para un trabajador físico e intelectual del calibre del Secretario de Agricultura.

Y menos que todo, conoció Washington a Wallace, el místico, el autor de *La Teoría del Estado y la Religión*, el presbiteriano que se convirtió al episcopalianismo, que cantaba con voz tronadora en la Iglesia, y cuyos experimentados Jefes de Acción política, temieron que los metiera en una lucha religiosa. Sin embar-

go, ninguna profunda lucha interna ha perturbado el misticismo de Henry Wallace.

Wallace se trasladó silenciosamente del Partido Republicano al Demócrata. Y fue él, quien rompió los fuegos de la política, al comenzar la segunda guerra mundial, declarándose en favor de una tercera administración del presidente Roosevelt.

"El talento y la preparación del Presidente—dijo en esa ocasión—son necesarios para conducir a este país en sus asuntos internos y en sus relaciones exteriores; sólo así estaremos protegidos".

(En ese tiempo, a pesar de su firme y prolongada creencia en el internacionalismo, y de su acendrado odio por las teorías fascistas, creyó que los Estados Unidos debían abstenerse de ayudar a la Gran Bretaña y a Francia.

Pero posteriormente leyó *La Naturaleza de la Paz y Alemania Imperial*, de Thorstein Veblen y adoptó una política que podría expresarse así: "Todas las ayudas, menos la guerra". Inquieto como es, tarda en definirse, pero una vez que lo ha hecho, trabaja como nadie en favor de su causa.

Sus viejos amigos de Washington lo ven ahora menos que antes. Actualmente, su aspecto es elegante; su pelo está generalmente en su lugar. Ve menos a los labradores, y más a los líderes agrícolas. Todavía le gusta discutir, usando su vieja forma de argumentar preguntando. Ahora está más seguro de que tiene razón, pero tiene más paciencia con los que no piensan como él.

Si Roosevelt y Wallace ganan, Henry A. Wallace, más que ningún otro hombre, se dará cuenta del inmenso peso que caerá sobre sus hombros el día que algo suceda a ese Presidente Roosevelt a quien él considera absolutamente indispensable.

Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales

Quiénes Somos:

Somos un grupo de amigos unidos por nuestra afición al estudio y por la necesidad que sentimos de que la política y la cultura se conviertan en nuestro medio en actividades dignas de una **democracia auténtica** y del alto valor humano que ambas representan.

Queremos, por eso, promover entre nosotros disciplina de cultura y disciplina de partido por medio del estudio de los problemas que plantea la vida nacional y queremos proponer y defender soluciones prácticas a la vez que científicas.

Cada uno de nosotros aislado, no es otra cosa que **una gran inquietud desorganizada, un pensamiento inútil, una voz sin eco**. Queremos dejar de serlo agrupándonos para educarnos en el pensamiento y conducta objetivos por el estudio desapasionado de los problemas, la discusión amistosa y elevada y la conferencia científica; pero, sobre todo, para despertar en nosotros el mensaje que toda generación, si es verdaderamente nueva, tiene para decir y para realizar. Y queremos realizar!

Nuestra agrupación quiere, finalmente, servir, por el esfuerzo, por la dignidad y por el amplio sentimiento de bien social que anime a sus miembros, a la colectividad costarricense.

Nuestros Propósitos son:

- a) La investigación científica de los problemas que plantea en nuestro medio la convivencia social y la defensa objetiva de las soluciones propuestas.
- b) El estudio de nuestra historia a la luz de los modernos métodos de interpretación, para deducir las bases reales de nuestra vida institucional y los caracteres de nuestra alma nacional.
- c) Infundir el ideal democrático por el conocimiento y análisis de sus principios básicos, para demandar los progresos que el perfeccionamiento de la Democracia supone.
- d) Iniciar y estimular toda actividad, —cursos libres, conferencias, exposiciones de arte, etc.—, que contribuya a mantener un elevado nivel cultural en nuestro medio.
- e) Intentar cursos de extensión cultural en ciudades y aldeas.



—Sabe usted lo que es un seguro sobre la vida?

Es **ADQUIRIR**, mediante un pequeño esfuerzo de su parte, **LA CERTEZA** de que sus familiares recibirán, cuando Ud. les falte, una cantidad de dinero que les permita hacer frente a la **adversidad**.

Banco Nacional de Seguros